

# El grupo FORJA en el contexto de la «revolución libertadora» (1955-1958). Tácticas políticas y formulaciones ideológicas

*Gustavo Nicolás Contreras y Delia García*

## **INTRODUCCIÓN**

EN EL PRESENTE TRABAJO NOS PROPONEMOS recuperar la militancia política e ideológica de Arturo Jauretche entre el golpe militar de 1955 y la victoria electoral de Arturo Frondizi en 1958. Su trayectoria, no obstante, no será considerada como un itinerario individual, ya que muchas de las prácticas e ideas que desarrolló se corresponden con el accionar de un grupo de ex forjistas del cual Jauretche era figura emblemática y referente de notable gravitación. El grupo estaba conformado por cuadros técnicos y profesionales que demostraron cohesión en el accionar político.

Si bien Jauretche sostenía enfáticamente que la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) –disuelta formalmente en 1945– no debía ser vinculada con la acción desarrollada por sus ex militantes, lo cierto es que, en el contexto político posterior al derrocamiento de Juan Domingo Perón, es posible identificar cursos de acción de los miembros del grupo que, aun cuando aparezcan como el resultado

de decisiones individuales, sugieren la existencia previa de contactos y acuerdos para definir determinados objetivos. Este hecho no escapó a la percepción de John William Cooke, quien, como delegado de Perón, al informarle en una carta sobre los dirigentes allegados al peronismo que individual o colectivamente estaban operando en el inmediato posperonismo, mencionaba al «grupo FORJA» liderado por Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz.

En efecto, los miembros del grupo FORJA, y Jauretche en particular, entendieron con suma rapidez que el proceso abierto por la autodenominada «revolución libertadora», paradójicamente, les devolvía la posibilidad de intervenir otra vez en las formulaciones políticas del movimiento nacional y popular luego del ostracismo político, la cárcel y/o la expulsión partidaria padecidos a partir de 1952. La derrota del peronismo era también una oportunidad para revitalizarlo y renovarlo. El proyecto político e ideológico que daría unidad y sentido al quehacer del grupo en esta etapa, entonces, estaría centrado en el intento de encuadrar orgánicamente un movimiento peronista disperso y confundido e influir en su conducción para restaurar la causa nacional y popular, la que consideraban abatida junto con el gobierno derrocado.

Con Perón en el exilio, otros cuadros políticos propusieron probar nuevas articulaciones y perspectivas para reconducir el movimiento hacia otros horizontes. Dada esta posibilidad, el derrotero del grupo FORJA gana relevancia histórica, ya que puede ser interpretado como el punto de partida del primer ensayo político neoperonista. Nos referimos al comportamiento político de ciertos dirigentes que, en el intento de reorganizar las fuerzas peronistas en el contexto de la «revolución libertadora», fundaron su legitimidad a partir de la pertenencia a la elite política que participó en la gestión del gobierno entre 1946 y 1955, y que en la coyuntura abierta por el golpe de Estado se propusieron competir por la conducción del peronismo con el propio Perón.

Lo cierto es que en un contexto complicado, signado por condiciones adversas y sumamente represivas para los peronistas, el grupo de ex forjistas se propuso retomar la actividad política para relanzar su propio proyecto, manteniendo dos de sus características distintivas. Por un lado, reafirmaron su identificación con una causa de emancipación nacional y popular, que tenía por objetivos la independencia económica, la soberanía política y la justicia social. Por el otro, continuaron cultivando una orientación táctica destinada a catapultar a sus cuadros políticos a las instancias de poder gubernamental para concretar su programa.

Considerando estas dos perspectivas típicas del grupo, se recorrerán algunas iniciativas significativas que emprendieron sus miembros y, al mismo tiempo, se calibrará la actuación particular de Jauretche. El trabajo con la correspondencia privada del grupo nos permitirá complementar la bibliografía existente sobre el tema y, a su vez, aprovechar esta valiosa fuente de información para conocer de primera mano el ámbito más íntimo de su militancia, sus proyectos y sus apuestas coyunturales.<sup>1</sup>

En este recorrido por su itinerario se analizarán algunas de las iniciativas que definieron el perfil del grupo: la opción conjunta por reestructurar un partido (neo)peronista en el inmediato posperonismo; la edición del semanario político *El 45*, dirigido por Jauretche y claramente asociado a esta empresa; el acercamiento a los intentos golpistas de mediados de 1956; la militancia en situación de exilio desarrollada en Montevideo, desde donde impulsaron una *Agencia Informativa Americana* y un *Congreso Postal de Exilados*; y, finalmente, sus convicciones electorales que promovieron el voto positivo (no blanco) en las elecciones constituyentes de 1957 e impulsaron un Frente Nacional de cara a los comicios presidenciales de 1958. El seguimiento de estos episodios, por último, nos permitirá realizar un balance sobre los resultados obtenidos por Jauretche como dirigente político y en cuanto intelectual del llamado movimiento nacional y popular.

### **EL PRIMER ENSAYO DE UN PARTIDO (NEO)PERONISTA EN EL INMEDIATO POSPERONISMO**

El 23 de septiembre de 1955 asumió la presidencia de la nación el general Eduardo Lonardi. Bajo el lema «ni vencedores ni vencidos», su administración aspiraba a borrar el peronismo, aunque no a los peronistas. Con un planteo de integración, anunciaba la posibilidad de incorporarlos a las nuevas estructuras propuestas por la «revolución libertadora», con la condición de erradicar al líder y los «vestigios de totalitarismo». Tal vez por eso no se intervino la Confederación General del Trabajo (CGT) ni el Partido Peronista, y se abrieron canales de diálogo con representantes peronistas.

Receptivo del mensaje, a los pocos días de haberse consumado el golpe de Estado que derrocó a Perón, el presidente del Partido Peronista, Alejandro Leloir, saludó al nuevo gobierno encabezado por Lonardi y declaró que el movimiento peronista comenzaba «una marcha sin andadores». En esta llamativa formulación, la pérdida de toda posición en el gobierno y el ostracismo de Perón no fueron presentados como una tragedia, sino que el «llano» fue señalado como una oportunidad para revitalizar tanto el movimiento como el Partido Peronista y dotarlos de fuerza propia. Previsiblemente, la figura de Leloir, y sobre todo la autoridad que formalmente investía, intentó ser secundada por distintos sectores políticos peronistas interesados en reformular las estructuras del movimiento y del partido así como en controlarlas.

En esta tarea, tras la caída del gobierno de Perón, el grupo FORJA logró primar en lo inmediato y decidió ensayar una opción de rearticulación del partido (neo)peronista. De hecho, tal era su ascendencia sobre Leloir que cuando este fue apresado por los golpistas, a fines de septiembre de 1955, delegó la presidencia provisoria en Francisco Capelli (último secretario general de FORJA). El grupo aprovecharía la oportunidad para intentar imprimirle su impronta organizativa y político-ideológica a un movimiento y a un partido que, atra-

vesados por los cambios traídos por la nueva situación política del país, posiblemente admitirían un replanteo de prácticas, estructuras, postulados y dirigencias. Tras la figura de Leloir, con quien mantenían una larga relación de amistad, los ex forjistas intentarían capitalizar la continuidad institucional del partido en un contexto político que inicialmente postuló ciertas posibilidades de «convivencia e integración». El grupo pronto comenzó a trabajar en su proyecto. Así, apenas asumió el nuevo gobierno, el 24 de septiembre, a instancias de Capelli y Jauretche, Leloir le envió un telegrama a Lonardi en nombre del Consejo Superior del Partido Peronista. El texto aceptaba la «legalidad revolucionaria», dado que reconocía que el peronismo había obtenido el poder en su hora inicial «de idéntica manera», aunque aclaraba que luego había confirmado «su validez popular en el comicio». Trazando un paralelismo con la obra del golpe militar de 1943, Leloir abogaba para que el nuevo elenco gubernamental fuera íntegramente conformado por militares, sin la participación de civiles, para que se corrigieran los errores nacidos de «un largo gobierno» que, por la natural consecuencia del quehacer y las dificultades, se gastó y se desvió, y se llamara lo antes posible a elecciones (citado por Guardo, 1963: 31-33).

Pensando en una reestructuración partidaria del peronismo, Leloir daba a entender que el «llano» no era malo en sí mismo sino que sería «el gran instrumento del propio reencontro con la integridad de la doctrina» (Guardo, 1963: 32). Enseguida, esperanzado, anulaba antiguas sanciones partidarias, sustituía a los interventores en la Capital Federal y pedía la ratificación de afiliaciones, elecciones internas y el retorno de «los hombres de la primera hora» (Prieto, 1963: 48). Estas medidas estaban destinadas, por lo menos, a facilitar el retorno al cauce partidario de aquellos dirigentes que habían sido expurgados del Partido Peronista en su etapa de gestión, rehabilitación indispensable para los ex forjistas que acompañaron a Domingo Mercante en la gobernación de Buenos Aires y que cayeron en desgracia en los inicios de la década de 1950.

La apuesta era tan inmediata como clara. El grupo FORJA retornaba a las filas del Partido Peronista con objetivos definidos y lo hacía en posiciones de poder institucional. Finalmente, asumiría un rol central en el proyecto cuando el presidente del partido, luego de presentarse a las comisiones investigadoras creadas por la «revolución libertadora», el 28 de septiembre, fuera puesto en prisión. Ante el imprevisto, Leloir designó a Capelli como su abogado defensor y, más tarde, le delegó interinamente la presidencia partidaria.

La detención de Leloir daba un primer aviso sobre las características de la convivencia propuesta por el gobierno encabezado por Lonardi. Capelli, por su parte, haciendo uso de su investidura, inició contactos y acciones políticas con el apoyo de Jauretche, Armando Crigna, Darío Alessandro, Luis Peralta Ramos, Víctor Álvarez y Basilio Ruiz; todos hombres de confianza del grupo que –salvo Crigna– habían cumplido funciones vinculadas a la Junta Nacional de FORJA.

En octubre, Capelli tuvo encuentros con representantes de grupos provinciales con el propósito de articular, en muchos casos desde la clandestinidad, una organización que unificara y mantuviera políticamente activa la resistencia de las bases peronistas. Probablemente la esperanza del grupo se orientaba a capitalizar el movimiento de resistencia popular que comenzaba a manifestar su oposición al gobierno de facto, aun antes de que llegaran al país las primeras directivas de Perón incitando a la resistencia civil (Vigo, 1973: 110-111).

#### **EL 45 COMO PRENSA PARTIDARIA**

La propuesta del grupo de ex forjistas pronto se vería plasmada en una publicación política de pretendida frecuencia semanal, dirigida por Arturo Jauretche y titulada *El 45*. Se trató de un efímero emprendimiento, ya que solo se publicaron dos números. Sin embargo, más allá de su fugaz presencia en el convulsionado escenario abierto por la «revolución libertadora», *El 45* apeló a la influencia de la palabra escrita

para intentar reencauzar las dispersas fuerzas peronistas tras una solución política como la que proponía su proyecto partidario, cobijado bajo la autoridad nominal del presidente del Partido Peronista. En sus páginas se volcarían sus planteos ideológicos, sus tácticas políticas y sus posicionamientos de coyuntura.

El 16 de noviembre de 1955 salía de imprenta el primer número de *EI 45*. La fecha no era casual. Tres días antes, el sector de los antiperonistas *duros*, comandados por Pedro E. Aramburu e Isaac Rojas, se hizo con la presidencia de la Nación. El poder cambiaba de manos dentro de «la libertadora» y se anunciaba el propósito de erradicar al peronismo y a los peronistas de la política y la sociedad. En esta sintonía, los antiperonistas más radicalizados consideraban necesario intervenir la CGT y disolver el Partido Peronista. Finalmente, el Decreto n° 4.161/56 prohibiría la utilización de imágenes, símbolos o emblemas peronistas, incluyendo el propio nombre de Perón. El proyecto de Lonardi llegaba a su fin: habría «vencedores» y «vencidos».

Los cambios en la presidencia de la Nación tuvieron su contraparte en el campo peronista y esto no dejaba de preocupar a *EI 45*. El mismo día en que Lonardi dejaba la presidencia, Raúl Lagomarsino, a cargo junto a César Marcos de la conducción del peronismo metropolitano luego de la detención de Cooke, publicó una declaración que –en obvia alusión a Leloir y Capelli– impugnaba a quienes «pretendían arrogarse representaciones o dictar directivas tanto en el plano nacional como local». Instaba, además, a no considerar ninguna declaración como legítima «si se aparta en lo más mínimo de la Doctrina y de la Lealtad Peronista intransigente. Toda combinación, todo pacto, toda transición debe considerarse [...] una traición al Movimiento» (*La Prensa*, 1955).

El grupo FORJA no compartía estos lineamientos, estaba convencido de la imposibilidad del retorno de Perón en el corto plazo, del eclipse de su liderazgo y de la inviabilidad política de la acción violenta e intransigente. De igual modo, consideraba indefectible una salida electoral que, tarde o tem-

prano, los sectores políticos reclamarían al gobierno de facto, y era necesario prepararse para conducirla. En este contexto confuso y cambiante, sus decisiones tácticas más importantes fueron: defender la legalidad del partido, trabajar para forzar al gobierno a adelantar el llamado a elecciones libres y convencer a los peronistas para que canalicen su malestar por la vía electoral, optando por un renovado partido (neo) peronista. Ya a fines de octubre, desde las páginas de *El Líder*, publicación del gremio de Empleados de Comercio en el que colaboraban notorios ex forjistas como Scalabrini Ortiz, Basilio Ruiz y Víctor Álvarez, Jauretche había defendido la supervivencia del partido frente a la pretensión de un sector de los «libertadores» de disolverlo. Ahora el grupo lo haría desde su propia publicación.

El primer número de *El 45*, bajo el título «La consigna de Leloir», mostraba en su tapa la foto del presidente del Partido Peronista y detallaba sus directivas para el «Movimiento», enviadas desde la Penitenciaría Nacional. La declaración, de tono pacifista, destacaba que «la única salida [...] es el comicio al que deben concurrir sin exclusiones todas las fuerzas políticas. Sería inútil [...] dejar fuera de las soluciones futuras al agrupamiento mayoritario del país». A su vez, instaba al movimiento obrero a «ir pensando en la formación de agrupaciones gremiales para la actuación obrera en el campo político». Más aún cuando, ese mismo 16 de noviembre, la CGT impulsaba una huelga general que expresaba la resistencia de las masas obreras al nuevo proceso. *El 45* se proponía canalizar políticamente ese descontento.

Por otra parte, haciendo valer las estructuras del partido frente a las perspectivas que nacían de otros espacios dentro de la llamada «resistencia peronista», *El 45* incitaba a los hombres y mujeres del movimiento peronista a «no dejarse arrastrar por ninguna clase de movimiento cuya directiva no emane de las autoridades partidarias». Agregaba, por último, que «en caso de que se intente nuestra disolución no arriaremos la bandera bajo ninguna presión o hecho, pero tendremos la suficiente elasticidad para adaptarnos a las circunstancias

sin renunciar a un solo punto del pensamiento partidario». El artículo estaba firmado por Capelli. Las mismas directivas, con la misma firma, fueron editadas en formato de panfleto. Al final podía leerse: «Reprodúzcalo y difúndalo».

El grupo FORJA apuntaba a una salida político-electoral bajo el liderazgo de Leloir y a la conformación de un Partido Peronista –el cual podía llegar a adquirir otra denominación para obtener legalidad– «democrático y federal, sin delegados ni interventores». *El 45*, como pretendido órgano partidario, se esforzaba también por mostrar una silueta propia e identitaria del peronismo deseado, diferenciándose con esto de otros peronismos. Y esta demarcación en ocasiones también era realizada con ingenio e ironía. Así, por ejemplo, en una nota se reivindicaba a los «charlatanes de café» injustamente atacados por el «régimen depuesto». En su propia defensa, apelaban a la recurrente fórmula peronista de ponerle un signo positivo a una acusación de carácter negativo propinada por el adversario de turno, como había sucedido con «cabecitas negras» o «descamisados». A continuación se devolvía el golpe, y para eso se recreaba, justamente, una charla de café:

—¿Qué dicen los peronistas?

—Bueno en esto hay también diferencias.

—No me diga.

—Sí, señor. La mayoría de los que militaron sanamente en el partido desean reorganizar el mismo sobre bases absolutamente democráticas y federales, es decir, que los propios integrantes de cada lugar y de acuerdo con los problemas también locales, reorganicen la fuerza sin intervención extraña. Los problemas nacionales serán resueltos «confederalmente» por los organismos locales.

—Existiría corriente, también peronista, de reorganizarlo sobre la base de la designación desde la Capital, por «notables», quienes interpretarían la «línea histórica»: Es decir, sobre la base de un personalismo con personaje sin persona.

—No lo entiendo.

—Pregúntele a los autores del manifiesto frustrado.

La referencia crítica e irónica respecto a la dirección del peronismo metropolitano nos habla de las disputas entre los grupos que querían conducir el peronismo en aquella coyuntura. *El 45* trabajaba para diferenciarse tanto del personalismo de Perón como de la línea impulsada por Lagomarsino y Marcos que, llamando a la resistencia intransigente y al respeto por la «Doctrina» y la «Lealtad» hacia Perón, rechazaban la perspectiva de Leloir y el grupo FORJA. Sin embargo, la apuesta, por el momento sutil, de los ex forjistas en pos de construir un ensayo neoperonista no podía prescindir en lo inmediato ni de la evocación de la figura de Perón ni de gestos peronistas para las masas que ellos mismos estaban convocando a resistir al nuevo gobierno. Así, *El 45* no desdeñaba la utilización de referencias relacionadas a un capital simbólico caro a la movilización afectiva de vastos sectores populares. Como ejemplo de esto, en su segundo número del 30 de noviembre de 1955 apareció «La canción del nomeolvides», escrita por Jauretche. Contradiendo en parte su propuesta política pero apostando por la conexión con sus pretendidas bases, sus estrofas alentaban la esperanza en torno a la vuelta del líder y a mantener vivo su recuerdo:

No me olvides, no me olvides,  
 No me olvides  
 Es la flor del que se fue.  
 No me olvides, no me olvides  
 No me olvides,  
 Volveremos otra vez.

Es el novio de la Patria  
 De la Patria que le espera.  
 Volverán los nomeolvides,  
 Volverán en primavera.

¡No me olvides, no me olvides,  
 No me olvides!  
 Canta el pueblo de Perón.  
 Nomeolvides sobre el pecho,  
 Nomeolvides pegadito al corazón.

### **EL 45 COMO HERRAMIENTA POLÍTICA DEL MOVIMIENTO NACIONAL Y POPULAR**

La publicación dirigida por Jauretche se caracterizó por sostener una perspectiva política e ideológica asociada con la necesidad de conducir a las masas peronistas por el camino que sus creadores señalaban como el más adecuado. Esta urgencia, a su vez, inevitablemente llevaba a los ex forjistas a posicionarse respecto a las otras fuerzas políticas en pugna, tanto antiperonistas como peronistas.

Con estos objetivos, ya desde la propia denominación del semanario podemos encontrar una definición programática. *El 45* hacía honor con su nombre a «aquel año extraordinario» en el que «se rompieron los esquemas clásicos de la política argentina y la multitud irrumpía en el escenario bruscamente». Este era el hecho disruptivo y significativo, luego «la coyuntura histórica encontró su conductor». La explicación del tema se ampliaba con una formulación que chocaba con las definiciones «ortodoxas» de los sectores más intransigentes de la resistencia peronista:

siempre el conductor es más transitorio que la circunstancia que lo determina. Puede él ser superado por el proceso y eso aparece como la derrota del movimiento. Pero no hay tal. El hecho histórico sigue su marcha y las aguas no vuelven a sus fuentes; puede ser que se estanquen, pero volverán ellas mismas a construir su cauce.

Esta interpretación del proceso era complementada ideológicamente con conceptos filosóficos e históricos sobre el movimiento nacional y popular. Para ellos el movimiento peronista recogía las banderas que la lucha popular había levantado a lo largo de toda la historia argentina, y era probable que estas no fueran arriadas por un hecho contingente, tal cual era considerado el derrocamiento de Perón. Su relato buscaba evidenciar un «Partido Federal», constante y creciente, que desde el siglo XIX fue encontrando distintas expresiones, siendo Hipólito Yrigoyen y Perón conductores destacados,

aunque no menos circunstanciales. Por lo tanto, la «revolución libertadora» había creado una nueva vacancia, pero era de esperar una pronta recomposición del liderazgo. Allí estaban ellos para asumir la tarea. Cuando a la «vieja corriente [...] le niegan su cauce ella misma se lo crea», aseguraban. Y esa «esperanza», esa constante histórica, no era otra cosa que «el programa de *El 45*: hoy en 1955».

Estos planteos teóricos de *El 45* llevaban implícita una finalidad estratégica. Sus intenciones eran reconstruir el movimiento nacional y popular, al que podrían sumar el ala «integracionista» del antiperonismo, el sector de los «libertadores» considerado más «blando», con quienes no era imposible acordar una «salida», proscribiendo a Perón y a los «malos» peronistas, por supuesto. El objetivo era generar una situación que podría resultar beneficiosa para ambos frente a las propuestas «excluyentes» de los «duros» de cada bando.

Esta táctica sutil se hacía más evidente en algunas notas puntuales. En un artículo dedicado a la huelga general de la CGT, por ejemplo, se pedía que se respetasen los acuerdos alcanzados con Lonardi y su ministro de Trabajo, Luis Cerruti Costas. Por otro lado, *El 45* elogió el libro del presidente de la Unión Cívica Radical (UCR), Arturo Frondizi, titulado *Petróleo y política*, y afirmó que «ningún argentino sincero dejará de compartir las líneas generales que componen el planteo del problema nacional». Sobre esto último, en la redacción del comunicado del Consejo Superior del Partido Peronista publicado en *El 45* su intencionalidad quedaba más clara:

El Partido Peronista descreo de todos los partidos políticos, pero hace un llamado a los radicales del Comité Nacional, que pretenden reivindicar las banderas sociales y de emancipación nacional que perdieron sobre la marcha y que dicen ahora haber superado. A estos, especialmente, nos dirigimos para incitarlos a la lucha o para desnudarlos en la superchería. Ellos están sentados en la Junta Consultiva junto a los demás. Sus tibias disidencias, si las tienen, no llegan a la multitud, que en cambio ve volar los aviones de las fuerzas armadas con que sus dirigentes son traídos y llevados a los consejos de gobierno.

Lo que en primera instancia podría leerse como una intención de romper el consenso antiperonista, con el correr de los meses cobraría un carácter programático más definido. Para el grupo FORJA, los sectores referenciados en Lonardi y, sobre todo, en Frondizi, no eran tan perjudiciales para la renovación del peronismo como los que se encolumnaban tras el tándem Rojas-Aramburu, el Partido Socialista y Ricardo Balbín. De ellos se diferenciarían tajantemente. Los editores de *El 45* reconocían diferencias dentro del elenco golpista y buscaban aprovecharlas, aunque no por eso dejaban de señalar todo lo que tenían en común los antiperonistas:

Cerramos [la edición] en el momento en que se produce un cambio de gobierno, hijo de las contradicciones propias de un golpe de Estado realizado por elementos ideológicamente heterogéneos, si bien lo fundamental, que está marcado por la presencia del asesor económico de los gobiernos que se suceden y su adhesión al plan propuesto por el mismo sigue las mismas líneas: la de una tentativa de regresión a una economía pastoril, caracterizada por las conveniencias metropolitanas de nuestro viejo dominador.

Para Jauretche, el informe negativo del asesor económico de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Raúl Prebisch, influía notablemente en los destinos económicos del país, y esta situación pronto se convirtió en una de sus preocupaciones principales. La revolución política que decía promover «la libertadora», afirmaba el director de *El 45*, solo encubría una contrarrevolución económica y social que, como en los años treinta, replantearía el país sobre su vieja base colonial, «cuya economía no admite 18 millones de argentinos prósperos y felices» (Jauretche, 1955:14).

El gobierno golpista, según Jauretche, avanzaba nuevamente hacia la entrega de la Argentina a las manos del imperialismo y sus agentes oligárquicos locales. Por lo tanto, era importante entender que en aquella coyuntura se dirimía el destino del capitalismo argentino. En este marco, el ex forjista sostenía que la única opción del momento para las fuerzas

sociales y políticas que habían encarnado el peronismo era luchar por el triunfo de la causa nacional y popular, y a esa tarea era necesario abocarse. Los radicales de Frondizi, en este sentido, debían cambiar su rumbo y sumarse al proyecto.

La propuesta no era del todo extraña proviniendo de un grupo que militaba por la causa nacional y popular mixturando las identidades radical y peronista. Después de todo, para *El 45*, el peronismo no era más que una expresión de «la teoría y la práctica de la autodeterminación nacional, la justicia distributiva y la soberanía de la Nación y del continente en la época de las más violentas luchas interimperialistas». En este sentido, era inadmisibile el Plan Prebisch, con su propuesta a favor de retornar a una Argentina agroexportadora y con múltiples facilidades para el capital financiero internacional. El plan era percibido directamente como un atentado contra la industria nacional, el pleno empleo, el trabajo humanizado y la distribución de la riqueza. Así, frente a la reestructuración proyectada por los liberales, Jauretche defendía las bases fundamentales del esquema económico peronista.

La importancia atribuida al tema llevó a Jauretche, en cuanto director del semanario, a invitar al propio Prebisch a un debate público que finalmente nunca se concretó, pues el asesor de la CEPAL desestimó la polémica. No obstante, la obstinación en el tema provocó que este fuera presentado desde el humor en las páginas de *El 45*: «Era un país de tradición católica, lo quieren hacer prebischeriano».

Esta línea crítica del Plan Prebisch y de la subordinación de la economía nacional a los mercados monopolistas también fue central en el segundo número de *El 45*, el cual salió con un retraso de una semana debido a la falta de cuota de papel y a los controles ejercidos por el gobierno. La falta de libertad de prensa fue recriminada, no sin ironía, a los «intelectuales libres», quienes eran visualizados como los únicos que podían expresarse libremente y que «curiosamente repiten todo lo que quiere el gobierno». En una carta enviada al presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, *El 45* advertía sobre la continuidad de estas prácticas con las del

«régimen depuesto». Paradójicamente, insistía el semanario, los «libertadores», en su falsa intención de desmontar la maquinaria totalitaria, la estaban «aceitando y perfeccionando». Esta acusación era reiterada en las páginas de *El 45* cuando se reclamaba la libertad de los presos políticos. Las páginas del semanario destacaban en esta tarea al Dr. Agustín Rodríguez Araya, quien proponía una amnistía general «que excluya, desde luego, a aquellos para quienes hay prueba de culpabilidad». *El 45* diferenciaba así una mayoría de buenos peronistas y unos pocos malos, que tanto daño hacían al movimiento. El planteo concordaba con la perspectiva de los sectores «blandos» del antiperonismo y, en este punto, buscaba también un acercamiento.

Pese a que *El 45* se jactaba de vender 100.000 ejemplares, las nuevas reglas del gobierno y la falta de asignación de cuota de papel indicaban que tendría problemas para editarse. A fines de noviembre de 1955, la represión comenzó a arreciar: el local de *El 45* fue allanado luego de su segunda edición y algunos de sus redactores fueron encarcelados. De todos modos, el grupo FORJA, convencido del poder de la palabra escrita, al poco tiempo imprimiría, desde Montevideo y con un formato más propicio para la clandestinidad, *El Justicialista*, del que no tenemos más rastro que un comentario en una carta.<sup>2</sup> Lo cierto es que los cambios en la política del gobierno harían imposible la edición del semanario y el proyecto de partido tal como estaba planteado. El grupo tendría que recorrer nuevos caminos.

#### TANTEOS GOLPISTAS

El grupo FORJA sufriría en sus filas la radicalización de la «revolución libertadora»: Darío Alessandro y José Cafasso, presos; Arturo Jauretche, exiliado en Montevideo; los demás, escondidos, trabajando en la clandestinidad. Frustrada su tentativa para coordinar una salida política mediante un Partido (neo)Peronista renovado, la difícil situación hizo que

el grupo de ex forjistas, con visión pragmática, optara por depositar sus esperanzas en un golpe militar, aunque sin resignar por eso sus objetivos estratégicos: el triunfo de «las tres banderas» y la participación en las estructuras de poder como reaseguro para el logro de estas.

La coyuntura era propicia. Las tensiones internas que sufría el gobierno eran potenciadas por una ola de rumores sobre golpes militares, reales o no. En ese contexto, Capelli se vinculó a la intentona que, en junio de 1956, encabezaron los generales Juan J. Valle y Raúl Tanco. El historiador José María Rosa –del círculo íntimo de Capelli–, al describir el clima imperante en ciertos sectores del peronismo y del nacionalismo recientemente desplazado del gobierno, diría que habían salido a buscar «la primera revolución disponible [...] y a meterse en ella hasta las verijas...» (Hernández, 1978: 137).

El proyecto golpista que sostenía los anhelos de sectores nacionalistas, católicos y peronistas finalizaría con trágicas consecuencias para los civiles y militares involucrados. Los fusilamientos ejecutados en un descampado de José León Suárez, magistralmente denunciados por Rodolfo Walsh en su libro *Operación Masacre*, constituirían su aspecto más oscuro.

Desde su exilio en Río de Janeiro, Miguel López Francés reflexionaba sobre el accionar de los militares en el poder:

los que acusábamos al depuestote [sic] de excesos, hemos incurrido nosotros en una ingenuidad que de estar en nuestro país ya hubiéramos pagado cruelmente [...] Los fusilamientos nos hacen comprender que los «blancos» siguen siendo peores que los «negros».<sup>3</sup>

El análisis de López Francés expresaba mucho en pocas líneas. Nos sitúa en las vacilaciones políticas del grupo FORJA entre la renovación del peronismo y la política de alianzas con un sector del antiperonismo, al mismo tiempo que propone implícitamente una moderación de la crítica a la figura principal del gobierno depuesto (el «depuestote») en un contexto en que los antiperonistas radicalizaban su accionar violento.

Los vínculos y el compromiso de Capelli con quienes impulsaron el fallido golpe lo obligaron a exiliarse en Montevideo. Más allá de las razones ideológicas y personales que pudieron hacer que Capelli integrara la conspiración, lo cierto es que esta vía debe ser entendida también como un recurrente comportamiento político de la dirigencia forjista, tras el cual buscaban rodear a los potenciales gobernantes. En este caso intentaron influir en los militares sublevados pertenecientes a grupos nacionalistas del ejército para constituirse en sus cuadros ejecutivos-profesionales y orientar la acción triunfante dentro de la senda ideológica proclamada desde la creación de FORJA en 1935. Así había sucedido tras el golpe militar del 4 de junio de 1943 con el acercamiento y la colaboración ofrecida a Perón y su elenco.

Más allá del resultado adverso del alzamiento de 1956, rápidamente comenzó a hablarse de «otra fecha», de otro intento. Los rumores ponían en primer lugar a la figura del general León Bengoa, quien había actuado como ministro de guerra de Lonardi. Pronto el grupo empezó a hacer gestiones. López Francés se contactó con militares argentinos en Brasil y posteriormente le escribiría a Capelli: «varios militares de los [que] aquí están ahora sostienen que mucho quedó en pie de lo anterior [...] Mi conversación con ellos ha sido muy auspiciosa. Están mejor ubicados de lo que uno piensa. Firmes en su posición 'popular'». Repetía, a su vez, la afirmación de que «lo mejor del ejército está afuera, y que la táctica se invierte debiendo ser de afuera para adentro». Y sobre la figura del nuevo golpe en marcha, les transmitía a sus correligionarios: «Los he sondeado con respecto a Bengoa y saltan... algunos más que otros. Pero le reconocen gravitación en el ejército actual».<sup>4</sup>

López Francés, luego de evaluar que existían fuerzas militares para realizar un golpe, se quejaba porque Perón había dejado de creer en los militares, al afirmar que los obreros no los seguirían ni se moverían. Ya el golpe de Tanco y Valle, inicialmente, había merecido la opinión adversa de Perón. Para el general –opinaban– no se repetiría el movimiento de

1943-1945. El ex forjista preguntaba con cierta indignación: «¿si los milicos no sirven para hacer revoluciones, quién las va a hacer?». Como reverso, desconfiaba del potencial de los obreros como fuerza revolucionaria.<sup>5</sup> El grupo se distanciaba claramente de la línea insurreccional encabezada por Cooke, Lagomarsino y Marcos, apoyada en la coyuntura por Perón.

Contrariamente, López Francés reconfirmaba su opción por Bengoa al informar que estaría por la línea de un golpe que una vez consumado propiciara «la salida» (política). El autor de la carta afirmaba que Bengoa «es el único general que tenemos, aunque los peronistas no le perdonan el discurso de entrega de la Subsecretaría [de Guerra]» cuando fue derrocado Lonardi.<sup>6</sup> El apoyo a la figura de Bengoa era también compartido por los nacionalistas del semanario –luego Partido– *Azul y Blanco*, aunque estos, siguiendo su ideología de corte falangista, le daban un lugar central y determinante, y no solo instrumental, como pretendía el grupo de ex forjistas. De todos modos, el grupo, aunque confiaba en la renovada «capacidad del pueblo y del ejército para apasionarse por una gran bandera» (Jauretche, 1942 y 1958), no se identificaba política e ideológicamente ni con la salida de otro golpe militar ni con la perspectiva obrerista de la vía insurreccional; prefería, en cambio, seguir elucubrando una construcción partidaria y movimientista, aunque todavía sin certeza alguna, debido a los diversos frentes de acción que se iban abriendo en la coyuntura. El exilio se le presentaría al grupo como el siguiente escenario para el trabajo político en pos de su proyecto.

#### MILITANCIA Y EXILIO

Uruguay fue el país que albergó a la mayoría de los ex forjistas expatriados. Montevideo, particularmente, fue el centro de mayor atracción para los exiliados argentinos. La Confitería Madrid, de la que Francisco Capelli y Pedro Lizaso –padre de Carlos, uno de los fusilados el 9 de junio de 1956 en

el descampado de José León Suárez— eran dos de sus cuatro propietarios argentinos, se convirtió en el lugar de referencia para la última camada de exiliados. Allí, entre apremios económicos y ausencias sentidas, buscaban una salida política para su país, hasta que a fines de 1956 cerró sus puertas.<sup>7</sup>

La California y el Café Tupí Nambá pronto ocuparon esa función. La avenida 18 de Julio no era menos convocante para los encuentros ocasionales o pautados de los asilados. Así, pese al ostracismo, diariamente se mantenían en contacto diversas personalidades relacionadas con el peronismo, el nacionalismo y la intransigencia radical: Arturo Jauretche, Francisco Capelli, Pedro Lizaso, José María Rosa, Ricardo Guardo, Agustín Rodríguez Araya, Juan C. Parodi, A. Aranguren, Héctor Blassi, el ex diputado Rolón, el coronel D'Onofrio, Horacio Haramboure, Domingo Mercante, el dirigente cegevista Cavistán, Carlos Seeber, Arturo E. Sampay, Raúl Puigbó, el capitán Adolfo C. Phillipeaux, Vittorio Radeaglia, entre otros (Aristegui de Capelli, 1957).

El grupo FORJA, consecuente con sus tácticas de activismo político, se propuso trabajar con los exiliados. Haciendo base en Montevideo, buscaría relacionarse con otros desterrados y, por medio de ellos, con la prensa latinoamericana, para denunciar los ominosos sucesos perpetrados por la «revolución libertadora». Con este objetivo crearían la Agencia Informativa Americana, una iniciativa efímera aunque eficaz en sus repercusiones. Para esos fines, activaron una red de contactos con exiliados establecidos en Uruguay, Brasil, Perú, Bolivia, Chile, Panamá, Paraguay y Venezuela. En Buenos Aires, el enlace era el padre Hernán Benítez, quien mantuvo correspondencia «ultrasecreta» con Jauretche.<sup>8</sup>

De las cartas del grupo se desprende que publicaron, por lo menos, en *Marcha* de Uruguay, *Presente* de Perú y *O Mundo* de Brasil. La táctica de la Agencia Informativa discurría también por un andarivel paralelo, no explícito, cuya finalidad era la de filtrar información desfavorable a la figura de Perón.<sup>9</sup> Carlos Pascali, ex forjista asilado en Panamá, había convivido con Perón y sus acompañantes durante los primeros siete

meses de exilio del líder en ese país y conocía tanto detalles íntimos de su vida como sus opiniones menos difundidas, lo cual comunicaba a sus correligionarios del grupo. Asimismo, Jauretche aprovechó el exilio montevideano para emprender nuevos proyectos. Allí se vinculó con el ensayista uruguayo Alberto Methol Ferré, con quien se propuso realizar un trabajo sobre geopolítica mundial desde una perspectiva que contemplara los intereses y las características de los países del hemisferio sur, particularmente de los del Río de La Plata.

El contacto con exiliados dio pie a un emprendimiento más ambicioso. El grupo FORJA, esta vez con Capelli como mentor, comenzó a gestar un Congreso Postal de Exilados. La idea fue tomada del Congreso Postal de Exilados Peruanos organizado en Buenos Aires, en 1952, por el dirigente Manuel Seoane ante la situación de clandestinidad y dispersión en que se hallaba el Partido Aprista Peruano, con Víctor Raúl Haya de la Torre encarcelado y sus militantes perseguidos y desterrados. Ese congreso sirvió para reorganizar las fuerzas de su partido, lograr el acatamiento de la autoridad del Comando Nacional de Acción y reubicarlo en el sistema político del Perú. La transmisión de una base informativa y procedimental por parte de dirigentes peruanos asilados en Montevideo, como Luis Rodríguez Vildósola, alentó a Capelli a organizar un Congreso Postal de Exilados propio.

El objetivo manifiesto era «coordinar y unificar la acción de los exilados en el exterior [a la vez que] establecer vinculación directa con los dirigentes presos y los núcleos de resistencia en Argentina». Las conclusiones debían ser «elevadas a la autoridad del Movimiento, en calidad de sugerencias».<sup>10</sup> Sin embargo, tras esta formulación se disimulaba el intento de una reorganización partidaria que, en principio, sin desestimar a Perón, permitiera ampliar la participación de otros dirigentes en la conducción del movimiento e influir en las decisiones de aquel. El objetivo implícito era, pues, desplazar a Perón de «la jefatura –por lo menos en la forma abusiva y unipersonal en que lo hacía–», exigiendo una reorganización partidaria «con organismos responsables y con autoridad, que estén por encima

de todo personalismo», donde «aquel precioso elemento que integró FORJA», al «reactualizar su cohesión vigorosa», pudiera hacerse de la conducción real del movimiento peronista.<sup>11</sup>

La convocatoria fue lanzada el 1º de septiembre de 1956 e involucró numerosos adherentes que se encontraban exiliados en Uruguay, Chile, Brasil, Bolivia, Perú y España. La trama oculta del Congreso Postal de Exilados no podía darse a conocer. Los propios impulsores de la iniciativa terminarían reconociendo la necesidad de «mantener y rodear» a Perón, dado «lo casi imposible que sería prescindir hoy de la figura que usted sabe [...] habrá que usar al hombre con una envoltura de seguridad o caja de bloqueo formada por hombres bienintencionados».<sup>12</sup>

Como a un referente ineludible le hicieron llegar *El Justicialista* y la propuesta del Congreso Postal de Exilados a Perón. Este respondió evasivamente, como era de esperarse. Le pidió a Capelli que se comunicara con el jefe de exiliados en Uruguay, Eduardo Colom. A su vez, le recalcó que las fuerzas peronistas en el exilio «están organizadas en toda América y Europa».<sup>13</sup> Por su parte, desde Santiago de Chile, la senadora del Partido Agrario Laborista María de la Cruz Toledo –contacto directo entre Perón y los Comandos Peronistas de Exiliados– se expresó en contra de que se oyeran muchas voces y votó para que solo se siguieran las directivas de puño y letra de Perón o sus mensajes por radios clandestinas.<sup>14</sup> Asimismo, Rolando Lagomarsino previsiblemente no se entusiasmó con el Congreso, argumentando con escepticismo que «todo lo hará el pueblo»: «si el mundo lo hubiera tenido que hacer un congreso, todavía estaría por hacer[se]».<sup>15</sup> El peronismo, sin la centralidad de Perón, era una apuesta política difícil, aunque por el momento el grupo no renunciaría a su proyecto. Finalmente, el Congreso Postal de Exilados no pasó de su convocatoria. Las dificultades para su ejecución, sus artilugios tendenciosos no del todo imperceptibles y la negativa de Perón dejaron trunca la iniciativa. De todas maneras, durante el tiempo dedicado a su armado también mantuvieron correspondencia con un dubitativo Leloir, a quien, en una carta,

le pedían definiciones claras respecto a la perspectiva que le proponía el grupo FORJA, pero sin avisarle sobre su apuesta por el Congreso ni sobre las visitas de Rogelio Frigerio a Montevideo para entrevistarse con Jauretche. La misiva fue acompañada por los saludos de hombres del grupo FORJA y de militantes allegados a sus posiciones, entre los que se destacaban Jauretche, Haramboure, Lizaso, Mercante, Seeber, José María Rosa, Ávalo, Castro Cronwell, Rodríguez M., Vico Alba y Arco.<sup>16</sup> Los ex forjistas tenían la capacidad de mantener abiertos varios frentes políticos al mismo tiempo, incluso desde el exilio, pese a las dificultades que encontraban sus proyectos para prosperar.

Sus inconvenientes para actuar en política se profundizarían cuando, el 8 de junio de 1957, las autoridades uruguayas allanaron el depósito del Café California –frecuentado por muchos asilados políticos–, argumentando que investigaban un complot peronista. El jefe de la policía mantuvo dos días en calabozos para «conversar» a muchos de los supuestamente involucrados, incluido Capelli. Finalmente, el 25 de junio las autoridades uruguayas decidirían «internarlos» –junto con otros exiliados peronistas– en la ciudad de Durazno, bajo la acusación de conspirar contra el gobierno de Aramburu. Jauretche se salvó de la redada policial y viajó clandestinamente a Buenos Aires. «Yo ando escondido aunque en contacto con la gente», afirmaba. «Desde el destierro en mi propia patria», el 21 de julio le escribía a Capelli y le daba un informe de la situación política previa a las elecciones del 28 y de sus gestiones personales. Sobre esto último, lo invitaba a volver en forma clandestina a Buenos Aires, ya que el levantamiento del estado de sitio en vísperas de los comicios podría mejorar sus posibilidades de permanecer en Argentina. En este sentido, se proponía averiguar sobre los procesos que les había abierto «la liberadora» a través de su comisión investigadora. Finalmente, le pedía que por favor buscaran en su domicilio montevideano su libreta de enrolamiento, su revólver y dos cajas de cigarrillos Oxi Bithué, y se lo enviaran por «Roberto».

A fines de agosto, Jauretche volvía a escribirle a Capelli desde Buenos Aires comentándole el avance de sus gestiones para que pudieran establecerse nuevamente en Argentina. Estaba tratando de resolver los dos procesos abiertos por la comisión investigadora de «la libertadora». Uno, por su gestión en el Banco Provincia, sobre el que aseguraba que no le podrían encontrar nada dado que eran «imputaciones abstractas», y otro, por el «hurto» de los muebles que utilizaban en el local de *El 45*, que, según aclaraba Jauretche, se trataba de un mobiliario que estaba en el depósito del Partido Peronista.<sup>17</sup> Este «botín de guerra» –que incluía una pequeña imprenta– también había sido reclamado en el exilio por el grupo metropolitano liderado por Cooke.<sup>18</sup> Jauretche, a su vez, le comunicaba a Capelli que no había encontrado ningún proceso referido a él ni datos sobre un tercer proceso que hubieran abierto contra su persona.

De todas maneras, le informaba a su correligionario que «es probable que si no aclaro las cosas me vuelva a esa [Montevideo] si se levantan las internaciones, aunque solo sea por dos o tres meses». Para eso le pedía «un informe concreto sobre para cuándo ocurrirá esto, que según nos mandaron a decir es una cosa resuelta en la práctica, pero falta la forma. En caso de no ser así –continuaba– quiero saber qué pasaría si me fuera a esa clandestinamente». La vuelta a Uruguay no era una empresa fácil, pero la permanencia en Argentina tampoco era algo sencillo de lograr. Los perseguían en ambas orillas del Río de la Plata. Montevideo seguía siendo una opción, por eso le pedía por favor a Capelli que le pagara dos meses de alquiler adeudados, ya que en cualquier momento podrían volver su esposa y/o él. Mientras tanto, ya conocidos los resultados de las elecciones constituyentes, aprovecharía su residencia en Buenos Aires para impulsar por todos los medios a su alcance la conformación de un Frente Nacional de cara a las elecciones presidenciales de febrero de 1958.

### LA APUESTA POR EL FRENTE NACIONAL

El llamado a elecciones constituyentes había puesto nuevamente al grupo de ex forjistas en su terreno preferido. En su carta del 21 de julio, una semana antes de los comicios, Jauretche le brindaba a Capelli un informe de la situación. El grupo se proponía revertir la primacía de la perspectiva de Cooke, quien llamaba al voto en blanco con el auspicio de un Perón ya radicado en la capital de Venezuela. A su vez, esta posición era vista como funcional al elenco gobernante: «Ambas corrientes quieren polarizarse para impedir toda solución nacional. Los gorilas con la amenaza de Caracas y Caracas no dejando otra alternativa que los gorilas.» En este sentido, la vía insurreccional era leída como un doble juego: «excitar a los nuestros y cohesionar a los suyos». Y esta polarización de los «duros» de ambos bandos inevitablemente llevaría a las fuerzas armadas a volcarse a favor de los «gorilas», cuando Jauretche, contrariamente, consideraba que venía predominando la opción por «la salida» (política).

Las perspectivas del proceso político nacional eran leídas en clave de su propio proyecto político. En la misma carta Jauretche expresaba: «el triunfo del voto en blanco significa la consolidación definitiva de Caracas [Perón] en el orden interno y la pérdida de la última oportunidad de dar nuestra batalla». Pero las dificultades exógenas también eran sopesadas junto con las debilidades propias. «Desgraciadamente se ha perdido bastante tiempo para la definición, pero esto es producto de la conducta de Alejandro [Leloir], que estuvo comprometido desde el primer día y fue dilatando su participación». El problema no era menor. La figura política que debía expresar su programa se mostraba crecientemente dubitativa y distante, y había evitado dar un comunicado a favor del voto positivo (no blanco). En relación con este tema, Jauretche le agradecía a Capelli su ofrecimiento para usar su nombre en la víspera electoral e inmediatamente le informaba que había preferido no utilizarlo ya que consideraba «que era más prudente que Ud. [Capelli] quedara con las manos

libres para más adelante en vistas a su aporte nuevo en una nueva ordenación de fuerzas y como carta de reserva respecto de Alejandro [Leloir], aunque vuelvo a decirlo, no creo que se pueda contar más con él».

Con un dejo de tristeza, Jauretche le comunicaba a Capelli: «Alejandro [Leloir] ya no se va a enderezar más. En mi opinión está completamente en las manos de [Atilio] Bramuglia». Sin disimular su bronca, al evaluar la labor de los últimos dos años, rescataba algo positivo: «Hemos fabricado un muñeco, un robot, que se vuelve contra sus inventores, pero de todas maneras fue útil para impedir la prematura descomposición partidaria, haciendo fracasar a los Bramuglia en su primera traición».<sup>19</sup> De todos modos, el aludido retardo de la descomposición partidaria tampoco les había permitido mejorar su posición: de hecho la tendencia parecía la contraria.

El alejamiento de Leloir y el triunfo del voto en blanco en las elecciones constituyentes fueron conduciendo al grupo FORJA hacia otra opción política de cara a los comicios presidenciales de febrero de 1958: la integración en un frente electoral estructurado a partir del quiebre del frente opositor antiperonista, donde crecientemente se iban diferenciando los «duros» y los «blandos». Con la apuesta por el «Frente Nacional» —a partir del proyecto «pro Frondizi»—, varios miembros del grupo trabajaban para colocar sus propios cuadros políticos en posiciones de poder. Se presentaban, entonces, como dirigentes técnico-profesionales con capacidad tanto para canalizar parte del voto peronista como para orientar política e ideológicamente el movimiento nacional y popular. Nuevamente la especulación optimista los ponía en carrera. «Necesitamos oponer los partidos de la línea nacional a los partidos cipayos. Entonces ganaríamos cómodamente», insistía Jauretche. A su vez reflexionaba sobre su situación en el nuevo contexto:

momentáneamente parezco derrotado pero el hecho cierto es que se han conseguido dos triunfos, vistos en distancia. Primero, demostración de la esterilidad del voto en blanco, que

no moverá a nadie. Segundo, el debate que provoque en cada partido, ha independizado a estos de carácter, les ha dado mayoría de edad, y en lo sucesivo ya no van a tener eficacia las instituciones, etc. Tercero, lo que he perdido de gravitación abstracta en mi carácter de hombre del movimiento, bajo la amenaza constante del índice caraqueño, lo he ganado en mi ascendente directo sobre un millón de hombres. Además todo pasa, y cuando la gente vote como lo hará en la próxima, mi pecado para dos millones de blanquistas se convertirá en virtud. Por eso se han ensañado tanto en injuriarme los que se preparan para formar grupos que obstaculicen el Frente Nacional, sirviendo el plan divisionista del gobierno.<sup>20</sup>

De esta manera, su propia perspectiva, junto con la de los nacionalistas y algunos intelectuales de izquierda, se asemejaba a la propuesta de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) de formar un frente popular, nacional y democrático (Spinelli, 1991). Los «blandos» de cada campo político, peronista y antiperonista, coincidían en la intención de cierta integración del peronismo al orden político, prescindiendo, por supuesto, de la figura de Perón. Esta alianza cobraría expresión en las páginas de la revista *Qué* a través de las plumas de Jauretche, Scalabrini Ortiz y Frigerio.

La apuesta, en principio exitosa, del grupo FORJA, sin embargo, se frustraría cuando los cálculos electorales del equipo de Frondizi patrocinaron un pacto con Perón para asegurarse los votos peronistas que le permitirían a la UCRI ganar los comicios presidenciales de 1958. Para Frondizi, el pacto significó su ascenso al ejecutivo nacional, mientras que para Perón fue un «reaseguro de unidad», el afianzamiento de su dirección y un «descrédito de los movimientos neoperonistas» (ibíd.: 345). Luego de un período de dispersión y confusión, Perón volvía a hegemonizar la conducción del peronismo y fortalecía su liderazgo frente a sus adversarios políticos.

Con el pacto también quedarían trancos los primeros ensayos neoperonistas y aquellos que aspiraban a reestructurar un Partido Peronista con menos ascendencia de Perón. Jauretche, disgustado por el viraje de Frondizi a poco de ganar

las elecciones, se alejó del país anunciando que no tenía ningún vínculo con el nuevo gobierno. Scalabrini Ortiz renunció pocos meses después a la dirección de la revista *Qué* ante el replanteo de la política económica (Orsi, 1985: 165). Así, la lectura precisa del proceso en marcha les brindó escasos réditos para su condición de dirigentes políticos, pero el trabajo periodístico y editorial realizado a favor del frente nacional y el movimiento nacional y popular los posicionó como referentes intelectuales de importancia en dicho segmento político, situación que se profundizaría con el correr de los años.

Esta tendencia se confirmaría tres años más tarde cuando Jauretche insistía con su candidatura como senador por la Capital Federal. Luego de la ruptura con Frondizi, Jauretche, junto a un grupo de amigos, se presentaba por el Partido Laborista a las elecciones de febrero de 1961 (Galasso, 2000: 162). Para la campaña reflató fugazmente *El 45* y, tras la consigna «saque pecho, compañero», se perfiló como una «alternativa combativa peronista», equidistante de las órdenes de Perón y del rumbo tomado por el gobierno de Frondizi. Finalmente, su partido figuró entre los últimos cuatro sobre trece agrupaciones que disputaron la contienda electoral en la Capital Federal. No obstante, su ascendencia intelectual sobre la opinión pública siguió en crecimiento.

#### CONSIDERACIONES FINALES

En el presente capítulo hemos rastreado aspectos importantes de la militancia política e ideológica que Arturo Jauretche desarrolló entre la caída del gobierno peronista y el triunfo electoral de Arturo Frondizi. No obstante, aclaramos que su trayectoria no podía ser analizada simplemente como un itinerario individual, dado que sus prácticas e ideas se correspondieron con el accionar de un grupo de ex forjistas con los que militó en el inmediato posperonismo. Así, sus posicionamientos y perspectivas tenían mucho que ver con esta usina política colectiva, de la cual Jauretche era figura principal y emblemática.

En la coyuntura iniciada por la irrupción de la autotitulada «revolución libertadora», el grupo FORJA, y Jauretche en particular, se propusieron luchar contra los «libertadores», y en esta misma acción desarrollar tácticas tendientes a romper el consenso antiperonista a través del diálogo y la negociación con sectores que tras posturas «integracionistas» se mostraban menos «duros»; pero también consideraron necesario luchar contra los sectores que dentro del peronismo rechazaban tanto la democratización de su conducción como su renovación y reestructuración. Sabemos que las apuestas políticas de Jauretche y el grupo FORJA fracasaron; el presente capítulo deja pocas dudas al respecto. No obstante, sostendremos que esto no invalida las perspectivas de sus intentos políticos ni torna estéril la tarea historiográfica de reconstruir su proyección en el afán de conocer mejor una de las primeras tentativas políticas neoperonistas, probablemente la primera.

Su apuesta puede entenderse claramente como neoperonista, pero también es cierto que el grupo FORJA tenía una concepción política e ideológica más amplia y estructural que orientaba su acción. Los ex forjistas militaban convencidos de entroncar su actividad con un movimiento nacional y popular que «naturalmente» iba encontrando, en distintos contextos históricos, «su cauce», y cuyo objetivo final era la concreción de las «tres banderas» como forma de «realización ética de la Nación». Sin embargo, esta concepción «espontaneista» de la movilización de las masas, por un lado, daba cuenta de la carencia de bases militantes orgánicas al grupo y, por el otro, afirmaba, como vía de acceso al poder, la acción de una élite de dirigentes pretendidamente «esclarecidos», formados profesionalmente para la gestión y la conducción política, que interpretarían y guiarían las manifestaciones de esas masas populares hacia la realización de la emancipación económica y cultural, la soberanía política y la justicia social.

Basados en estos preceptos, a lo largo de su trayectoria como grupo, mostraron comportamientos propios de una cofradía, predispuesta principalmente a ocupar posiciones de poder. El contexto íntimo de su correspondencia, abordado

en el presente texto, proporciona claves precisas acerca de los intereses, motivos y expectativas depositados en las distintas tácticas utilizadas para acceder a lugares de preeminencia y control político-partidario. Para el grupo FORJA, de todos modos, la conducción del movimiento era lo esencial, su forma era circunstancial: podía ser el partido (neo)peronista, un golpe militar, el Congreso Postal de Exilados o un Frente Nacional conducido por Frondizi y la UCRI. Pese a sus variados intentos, sus fracasos políticos le impidieron convertirse nuevamente en equipo dirigente: la experiencia mercantista no se renovarían.

Luego del derrumbe del gobierno peronista nada funcionó como los ex forjistas y Jauretche lo planearon. Ellos leyeron la coyuntura demostrando una importante capacidad de análisis político, incluso, estuvieron entre los primeros en advertir la potencialidad electoral de una alianza conformada por el peronismo y el frondizismo. Sin embargo, no lograron construir espacios de poder propios de relevancia para ir plasmando sus objetivos. Arturo Jauretche, particularmente, en tanto intelectual habitado por la pasión política, tampoco lograría ensamblar la elaboración de un pensamiento político estratégico con la ejecución de acciones tácticas eficaces acordes a la concreción práctica de sus propósitos políticos.

Por último, quisiéramos señalar que su militancia en el trienio posterior al golpe de Estado de 1955 le valió a Jauretche menos resultados como dirigente político que como intelectual del movimiento nacional y popular. Su creciente influencia en la opinión pública fue una tendencia que efectivamente se incrementó sin cesar desde aquellos años. De hecho, su proyección puede verificarse hasta el presente. Aun así, es justo destacar que con él se difundieron masivamente las ideas elaboradas en primera instancia junto con sus correligionarios forjistas, aunque muchas de ellas ya habían sido concebidas por precursores del nacionalismo popular. Esa elaboración continuó luego con quienes lo acompañaron en la gestión del gobierno bonaerense encabezada por Domingo Mercante y, por último, con quienes militó en el inmediato

posperonismo. Finalmente, las dificultades que encontraron para articular concretamente su participación como «equipo dirigente», como se autoconcebían, los llevó a profundizar la disgregación que venían sufriendo, pero, en contrapartida, lograron gravitar ideológicamente en la escena nacional al menos por medio de una de sus figuras más importantes: Arturo Jauretche.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Quisiéramos agradecer al Dr. Ernesto Ríos, quien generosamente nos facilitó el acceso al Archivo Francisco José Capelli (AFJC), el cual contiene la correspondencia del grupo.

<sup>2</sup> «*El Justicialista* nos ha parecido un gran acierto. Bien escrito, con temas de real interés y acentuada preocupación por los problemas partidarios. El formato mismo, un hallazgo, tanto para cumplir su objetivo de clandestinidad, como de lectura ágil y rápida...» (Carta de Miguel López Francés a Jauretche y Capelli, 3/6/1956, AFJC).

<sup>3</sup> Carta de López Francés a Capelli, 13/6/1956, AFJC.

<sup>4</sup> De López Francés a Capelli, Río de Janeiro, 1/9/1956, AFJC.

<sup>5</sup> De López Francés a Capelli, Río de Janeiro, 4/7/1956, AFJC.

<sup>6</sup> De López Francés a Capelli, Río de Janeiro, 19/7/1956, AFJC.

<sup>7</sup> Según el testimonio telefónico brindado por Martha Capelli, los otros dos propietarios de la Confitería Madrid habrían sido Arturo Jauretche y Ricardo Guardo. La participación de Jauretche en la sociedad también lo sugiere la carta que él mismo le envió a «Toto» desde Montevideo, con fecha 27 de enero de 1957, AFJC. Cuando la confitería Madrid cerró sus puertas, Jauretche, Capelli, Haramboure y Bonnefont abrieron la Confitería California (Guardo, 1963: 81).

<sup>8</sup> De Jauretche a Benítez, Montevideo, 25 /7/1956, AFJC.

<sup>9</sup> De Pascali a Capelli, Panamá, 27/10/1956, AFJC.

<sup>10</sup> Convocatoria y Bases del Congreso Postal de Exilados, Montevideo, 1/9/1956, AFJC.

<sup>11</sup> De Pascali a Capelli, Panamá, 3/7/1956 y 22/8/1956, AFJC.

- <sup>12</sup> De Pascali a Capelli, Panamá, 22/8/1956, AFJC.
- <sup>13</sup> De Perón a Capelli, Caracas, 23/9/1956, AFJC.
- <sup>14</sup> De María de la Cruz Toledo a Capelli, Santiago de Chile, 7/9/1956, AFJC.
- <sup>15</sup> De López Francés a Capelli, Río de Janeiro, 23/10/1956, AFJC.
- <sup>16</sup> De Capelli a Leloir, Montevideo, 23/7/1956, AFJC.
- <sup>17</sup> De Jauretche a Capelli, Buenos Aires, 27/8/1957, AFJC.
- <sup>18</sup> De Jauretche a Cooke, Montevideo, 15/10/1956, AFJC.
- <sup>19</sup> De Jauretche a Capelli, 27/8/1957, AFJC.
- <sup>20</sup> De Jauretche a Capelli, 27/8/1957, AFJC.

#### BIBLIOGRAFÍA

ARISTEGUI DE CAPELLI, Martha, «Diario personal», en Archivo José Francisco Capelli, 2007 [1957].

CONTRERAS, Gustavo Nicolás, «Un temprano ensayo de neoperonismo. El itinerario político e ideológico de un grupo de ex forjistas en su intento de construcción partidaria durante la autodenominada revolución 'libertadora' (1955-1958)», *IV Jornadas de Historia Política*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2009. En línea: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/4jornadas/contreras.pdf>

CONTRERAS, Gustavo Nicolás y GARCÍA, Delia: «La táctica se invierte debiendo ser de afuera para adentro. Ex forjistas exiliados en Montevideo y su temprano intento de neoperonismo en el contexto argentino de la 'revolución libertadora' (1955-1958)», en *Cuadernos del CLAEH*, n° 101, Uruguay, en prensa.

GALASSO, Norberto, *Jauretche y su época. La revolución inconclusa (1955-1974)*, Buenos Aires, Corregidor, 2006.

GARCÍA, Delia María y LONGONI, René, «Pascali, de la militancia marxista al peronismo», en *Todo es historia*, n° 519, octubre de 2010, Buenos Aires, pp. 62-77.

GARCÍA, Delia y CONTRERAS, Gustavo Nicolás, «El peronismo tras la caída. Propuesta político-partidaria de un grupo de ex forjistas durante la autodenominada revolución libertadora (1955-1958)», en DA ORDEN, María Liliana y MELON PIRRO, Julio César (comps.), *Organización política y Estado en tiempos del peronismo*, Rosario, Prohistoria, 2012.

GUARDO, Ricardo, *Horas difíciles. 1955, septiembre, 1962*, Buenos Aires, edición de autor, 1963.

HERNÁNDEZ, Pablo, *Conversaciones con José María Rosa*, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978.

JAURETCHE, Arturo, *FORJA y la Década Infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1962.

---, *El Plan Prebisch*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1984 [1955].

---, *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1984 [1942].

---, *Ejército y Política*, Buenos Aires, Corregidor, 2010 [1958].

LADEUIX, Juan y CONTRERAS, Gustavo Nicolás, «Entre los generales y las masas. Un derrotero nacionalista en la 'libertadora'. Azul y Blanco, 1956-1958», en DA ORDEN, María Liliana y MELON PIRRO, Julio César (comps.), *Prensa y peronismo. Empresas, prácticas, discursos*, Rosario, Prohistoria, 2007.

MELON PIRRO, Julio César, *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

ORSI, René, *Jauretche y Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1985.

PERÓN, Juan D. - COOKE, John W., *Correspondencia*, volumen I y II, Buenos Aires, Papiro, 1972.

PRIETO, Ramón, *El pacto*, Buenos Aires, En Marcha, 1963.

SPINELLI, María Estela, «El pacto Perón-Fronzizi. Un ensayo de transición a la democracia en la Argentina, 1955-1958», en *Anuario IEHS*, n° 4, 1991, Tandil, pp. 333-347.

VIGO, Juan María, *Crónicas de la resistencia. ¡La vida por Perón!*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.

WALSH, Rodolfo, *Operación Masacre*, Buenos Aires, De La Flor, 2001 [1957].